

CAPITULO IV

El ejército de la fe

Á la misma hora poco más ó menos en que Championnet salía de Nápoles, el cardenal Ruffo recibía una diputación de la ciudad de Catanzaro, á su paso por la aldea de Borgia.

Saberio Landari, en su calidad de abogado, tomo la palabra, y contra las costumbres de su oficio, expuso al cardenal los siguientes acontecimientos con sencillez y claridad :

« Que aunque los realistas hubiesen matado, preso ó expulsado á casi todos los sospechosos de republicanismo, la ciudad de Catanzaro estaba sumergida en la más horrible anarquía, en medio de asesinatos, saqueos y venganzas privadas.

» Por lo tanto, en nombre de cuantas personas honradas quedaban en Catanzaro suplicaban al cardenal que socorriese á la desgraciada ciudad lo más pronto posible. Mala debía ser la situación de

la ciudad para que los realistas pidiesen auxilio contra sus propios partidarios.

» Algunos de los miembros de la comisión habían formado parte de las juntas democráticas, y entre otros, Vicencio Petroli, que había sido miembro del gobierno provisional que puso á precio la cabeza del cardenal y la del consejero de Fiore. »

El cardenal hizo como que nada sabía : lo que importaba era que las ciudades le abriesen las puertas y no la mano que las abría. Para remediar los males de que la comisión se quejaba, preguntó quién era el jefe del pueblo en Catanzaro.

Respondiéronle que un cierto D. Francisco de Giglio.

Pidió avíos de escribir y sin apearse escribió lo siguiente :

« D. Francisco de Giglio :

» Vuestra manera de hacer la guerra es buena contra los jacobinos obstinados que resisten á mano armada y no contra los que se han visto obligados á reunirse á los rebeldes por amenazas ó violencias, sobre todo si se arrepienten sometiéndose á la clemencia del rey ; con más fuerte razón no es excusable contra ciudadanos pacíficos.

» Por tanto, os ordeno bajo vuestra más estrecha

responsabilidad que hagáis cesar inmediatamente los asesinatos, saqueos y violencias. »

Esta orden se envió inmediatamente á Catanzaro bajo la protección de una escolta de caballería, y el cardenal se dirigió á la ciudad acompañado de la diputación.

La vanguardia tuvo que pasar el río Corace á nado ó en carro, el cardenal pasó el último, y todo el mundo hizo alto en la playa de Catanzaro.

Como esta playa no ofrecía el menor abrigo para alojar la tropa, y la lluvia empezaba á caer con fuerza, el cardenal decidió enviar una parte de su gente al cerco de Crotona, cuya guarnición se había pasado á los republicanos, que se habían concentrado en sus muros, y donde á mayor abundamiento habían desembarcado, procedentes de Egipto, 32 oficiales subalternos de artillería, un coronel y un cirujano franceses.

El cardenal destacó de esta manera 2,000 hombres de tropas regulares con tres piezas de artillería á las órdenes del teniente coronel Pérez de Vera, y un ladrón de la peor especie, gran conocedor del país, teatro de sus fechorías durante veinte años, recibió el encargo de servir de guía á la columna.

Llamábase este bandolero Pasanera, y era céle-

bre por haber cometido una docena de asesinatos.

El día de la llegada del cardenal á la plaza de Catanzaro arrojóse á sus pies pidiendo confesión. Su Eminencia comprendió que no era un penitente ordinario aquel hombre que llegaba á sus pies armado de fusil, pistolas y puñales, y apeándose incontinenti se apartó del camino y sentóse al pie de un árbol.

Arrodillóse el bandido ante el cardenal y con muestras de profundo arrepentimiento le refirió la larga serie de sus crímenes.

Ruffo no podía escoger los instrumentos que empleaba, y comprendiendo que podía ser útil, absolvió al bandido. ¿ Por qué no podría aprovechar el rey los conocimientos topográficos que D. Alonso Pasanera había adquirido maniobrando contra la sociedad ?

La ocasión no tardó en presentarse como hemos visto. Pasanera fué nombrado guía de la columna expedicionaria.

La columna se puso en marcha y el general se quedó á retaguardia para reorganizar el ejército y la reacción.

Al cabo de tres días siguió á la columna; mas como debían hacer tres jornadas por la orilla del mar sin encontrar población alguna, encargó á su

comisario don Caetano Peruccioli que reuniera cierto número de carruajes cargados de provisiones. Al fin de la primera jornada llegaron á orillas del río Trocchia, que á causa de las lluvias desbordaba de su cauce. Mientras se pasó el río, no sin muchas dificultades, y por consecuencia con gran desorden, desaparecieron el convoy de viveres y el comisario. Don Alonso Pasañera no lo hubiera hecho mejor que D. Caetano Peruccioli: hasta que acamparon para pasar la noche no echaron de ver la ausencia del comisario y de sus viveres.

El ejército no cenó aquella noche.

Por fortuna al día siguiente, después de dos horas de marcha, encontraron un almacén lleno de harina y de tocino que, como puede suponerse, se convirtieron inmediatamente en gachas con tocino. Aunque era día de ayuno, el cardenal comió como los otros, absolviendo á todo el ejército y á sí mismo de aquella infracción á las prescripciones de la Iglesia.

El ejército *sanfedista* pudo, pues, comer sus gachas con tocino sin remordimiento, y como tenían hambre les supo á gloria lo mismo al ejército que al cardenal.

Otra cosa que sorprendió al cardenal no menos que la desaparición del comisario Peruccioli, fué

la aparición del marqués Taccone, encargado, por orden del general Actón, de seguir al ejército sanfedista en calidad de tesorero. El cardenal se hallaba justamente en el almacén de harina cuando le anunciaron al marqués Taccone. Su Excelencia llegaba en mal momento; Su Eminencia estaba de mal humor porque no había comido en veinticuatro horas. Creyó ó aparentó creer que el marqués le llevaba los 500 mil ducados que se le escabulleron de entre las manos en Messina, y le dijo en cuanto asomó por la puerta:

— Sea en buena hora, marqués; ya sabía por aviso del rey que habíais encontrado y que me traíais los 500 mil ducados.

— ¿Yo? dijo el marqués admirado. Preciso es que hayan engañado á S. M.

— Entonces, ¿qué venís á hacer aquí? le preguntó el cardenal, á no ser que vengáis como voluntario.

— Vengo enviado por el capitán general Actón.

— ¿Á título de qué?

— De tesorero del ejército.

El cardenal soltó una carcajada.

— ¿Pensáis, le dijo, que tengo otros 500 mil ducados para completar el millón?

— Veo con sentimiento, dijo el marqués, que Vuestra Eminencia duda de mi probidad.

— Os engañáis, señor marqués, mi Eminencia os acusa de robo, y hasta que me probéis lo contrario, sostendré la acusación.

— Monseñor, dijo Taccone sacando su cartera, voy á tener el honor de probaros que esa suma y otras muchas se han empleado por orden del general Actón; y acercándose al cardenal abrió su cartera.

El cardenal fijó en ella su penetrante mirada y viendo una porción de papeles que le parecieron tan importantes como curiosos, alargó la mano, tomó la cartera y llamando al centinela que estaba en la puerta, le dijo :

— Que vengan dos de vuestros compañeros, que agarren al señor por el cuello y que lo conduzcan á un cuarto de legua de aquí; y si hace ademán de volver hacedle fuego como á un perro, y aun no tendrá lo que ha merecido, que más estimo á un perro que á un ladrón.

Y dirigiéndose al marqués, añadió :

— No os inquietéis por vuestros papeles; los haré copiar y numerar y los mandaré al rey. Volveos á Palermo, que vuestros papeles llegarán al mismo tiempo que vos.

El efecto de la lectura de aquellos papeles por el cardenal fué que escribiese al rey diciéndole que la

presencia de Actón en Palermo comprometía al rey y á la familia real.

Procuráronse víveres como pudieron, las aguas del río bajaron, y el 23 de Marzo por la mañana lo vadeó el cardenal á caballo con agua hasta la cincha, seguido del ejército.

Sólo tres hombres fueron arrastrados por la corriente y los marineros de Pizzo los salvaron.

En el momento de poner pie en la orilla opuesta llegó un mensajero á escape anunciando que el día anterior se habían apoderado de Cotrona. La noticia fué recibida á los gritos de « ¡ Viva el rey! ¡ Viva la religión! »

El 25 de Marzo llegó á las puertas de Cotrona el ejército de la Fe. De la ciudad salían columnas de humo y resonaban en su seno clamores y tiros que hicieron comprender al cardenal la oportunidad de su llegada.

Entró en efecto al galope; pero apenas había atravesado la puerta cuando le llenó de horror el espectáculo que se ofreció á su vista. Las calles estaban cubiertas de cadáveres; las casas saqueadas, no tenían puertas ni ventanas, muchas de ellas estaban ardiendo.

Era Cotrona un pueblecillo con un puerto no muy grande y un antiguo castillo del lado del mar. Como

los republicanos estaban en mayoría, la guarnición realista pactó con ellos al estallar la revolución. Depusieron al comandante á quien encerraron en el calabozo de que salió el capitán Ducarne para ponerse al frente de la guarnición. Como no podían contar mucho con ésta, la mezclaron entre los patriotas fugitivos que Cotrona encerraba en sus muros y los treinta y cuatro franceses recién llegados.

Los dos mil hombres mandados por el cardenal contra Cotrona se engrosaron considerablemente en el camino con los campesinos y aldeanos. El 21 de Marzo los realistas habían mandado al capitán Dardano como parlamentario para intimar la rendición á los cotroneses; pero según los republicanos, el parlamentario no estaba competentemente autorizado: el caso es que lo metieron en la cárcel, lo juzgaron militarmente y lo condenaron á muerte. Los del ejército de la Fe, viendo que superparlamentario no volvía, resolvieron acometer la plaza á cuyas puertas llegaron conducidos por su guía Pasanera.

Aprovechándose de la obscuridad de la noche, pusieron en batería sus tres piezas sobre una altura, apoyadas en dos compañías de línea, y ocultaron sus tres ó cuatro mil voluntarios de manera que no pudiesen verlos desde Cotrona, y al amanecer del

sábado mandaron á los republicanos algunas granadas.

Al ver las piezas en batería apoyadas por las dos compañías, los de Cotrona creyeron que había llegado el cardenal ante sus muros con todo el ejército. Reuniéronse sus jefes en consejo de guerra en casa del teniente coronel francés, el cual declaró que sólo había dos caminos que tomar, añadiendo que en su calidad de extranjero se sometería al voto de la mayoría. Los dos partidos eran:

Ó aceptar las proposiciones, y soltar al parlamentario, ó hacer una vigorosa salida y emprender después una resistencia desesperada hasta recibir socorro del ejército francés que se decía estaba en marcha hacia la Calabria.

Se había adoptado esta última resolución. Salieron tambor batiente y con las mechas encendidas dirigiéndose al enemigo. Los realistas, disimulando cuanto pudieron la superioridad de sus fuerzas, los dejaron aproximarse; pero en cuanto estuvieron cerca, según los planes de batalla y consejos de Pasanera, lanzaron sus masas de voluntarios por ambos flancos á la carrera, y los envolvieron en un fuego terrible. Los republicanos conocieron demasiado tarde la emboscada en que habían caído. Por pronto que se retiraron abandonando su artillería,

los realistas llegaron á las puertas de la ciudad al mismo tiempo que ellos, de modo que los que pudieron escapar, no tuvieron más remedio que refugiarse en el castillo.

Los realistas, aunque entraron sin resistencia en la plaza, robaron y mataron á diestro y siniestro, no respetando casa ni hogar, edad ni sexo.

Detrás de los voluntarios, entraron las dos compañías de línea con la artillería, y abrieron inmediatamente el fuego contra el castillo. Quiso la casualidad que una de las primeras granadas derribase el asta bandera, y la guarnición napolitana, que de mala gana había tomado parte en la revolución, consideró la caída de la bandera republicana como un aviso del cielo, volvió las armas contra sus compañeros y bajó el puente levadizo por el que entraron inmediatamente los enemigos. Los patriotas que habían sobrevivido y los franceses reducidos á 17 fueron encerrados en el mismo castillo en que buscaron un asilo. Desde aquel momento, la desgraciada Cotrona se vió abandonada á todos los horrores de una plaza tomada por asalto, y el cardenal llegó en el momento en que hartos de oro, de sangre, de vino y de lujuria, sus soldados concedían á la infeliz ciudad la tregua del cansancio.

CAPÍTULO V

Los regalillos sostienen la amistad

Mientras el caballo del cardenal Ruffo, cargado con su ilustre amo, entraba en Cotrona cubierto de sangre hasta el vientre y se encabritaba á la vista y al estruendo de las casas que se desplomaban en las llamas, el rey cazaba, pescaba y jugaba.

Ignoramos qué mejoras había verificado el destierro en su pesca y en su juego; pero sabemos que nunca el mismo San Huberto, patrón de los cazadores, se halló rodeado de delicias iguales á las que distraían al rey Fernando de la pérdida de su reino.

El honor que el rey había hecho al presidente Cardillo, al aceptar una partida de caza en su monte de Ilice, había quitado el sueño á más de una persona, y entre éstas á la abadesa de las Ursulinas de Caltanizetta.

Su convento, situado á medio camino poco más ó menos de Palermo á Girgenti, poseía inmensos do-

minios de llanuras y selvas. Estas llanuras y estas selvas, ya muy abundantes en caza mayor y menor, fueron pobladas, por la excelente abadesa, de mayor número de corzos, de venados y de jabalíes, y cuando la caza llegó á ser verdaderamente digna de un rey, la abadesa partió para Palermo con cuatro de sus más lindas religiosas, y pidió audiencia á S. M. suplicándole se dignara dar á unas pobres reclusas la distracción de una cacería. Se-le hacía este ofrecimiento en circunstancias tan excepcionales y atractivas, que el rey se guardó bien de rehusarlo, y convínose en que el monarca partiría el día siguiente con la abadesa y sus cuatro ayudantes de campo, pasaría un día preparándose con sus devociones para la matanza de los corzos, venados y jabalíes, y que, al día siguiente de esta preparación, pasaría de la contemplación á la vida activa.

El rey partió en efecto. Un correo, que sirvió de itinerario, anunció al resto de la comunidad que el rey se había dignado aceptar la invitación y que no tardaría en llegar.

Gran pasatiempo se prometía el rey en esta partida de caza en tierras de monjas.

Ya estaba con el pie en el estribo cuando remitieron á S. M., de parte de la reina, el número del *Monitor napolitano* que anunciaba el descubrimiento

de la conspiración de Backer y el arresto del padre y del hijo. El lector recordará la gran amistad que al hijo había manifestado el rey y comprenderá su cólera al saber su prisión. El rey estaba encolerizado con doble motivo, pues además de haberse descubierto una conjuración que debía librarle, sin compromiso propio, de franceses y jacobinos, veía presos á los dos hombres que le habían dado tantas pruebas de adhesión en medio de la indiferencia de los napolitanos, que no había podido menos de notar.

Por fortuna los asuntos del cardenal y los de Trouvridge, que iban maravillosamente, le daban la esperanza de vengarse. Escribió en su libro de memoria el nombre de Luisa Molina de San Felice, jurando que le haría pagar caro el título de *madre de la patria* que le daba el *Monitor* de Nápoles, el día en que volviera á recobrar su capital.

Entretanto, como afortunadamente para Fernando, sus sensaciones, y sobre todo las penosas, eran pasajeras, con un par de suspiros exhalados por Simón y Andrés Backer y con la promesa de la muerte de la San Felice, que se hizo á sí mismo, pasó su pena y se entregó en cuerpo y alma al placer de encontrarse entre la abadesa y sus cuatro bellas monjas que, mirándolo como verdadero

representante de Dios en la tierra, creían deber suyo no negarle nada.

Todo el mundo conocía el ardor del rey por la caza, de manera que nadie se sorprendió en Palermo cuando llegó un correo, ya entrada la noche, anunciando que hallándose algo fatigado S. M. por el cansancio del camino, había resuelto descansar cuarenta y ocho horas en el convento antes de empezar la cacería, y por tanto que la corte, que debía tomar parte en ella, no debía reunirse sino al cabo de ellas. El mensajero estaba encargado de tranquilizar á la familia real diciendo que el médico de la comunidad no tenía la menor inquietud sobre el pronto restablecimiento del rey, á quien había ordenado solamente baños aromáticos.

La crónica no dice si la celda de la abadesa estaba enfrente de la del rey ni si á las cuatro de la mañana tuvo Fernando curiosidad de ver la facha de una abadesa en traje de dormir, como se le había ocurrido ver la del presidente Cardillo con su gorro de algodón. La crónica se limita á decir que el rey pasó en el convento una semana, que cazó cinco días consecutivos, que las piezas muertas fueron tantas como en sus cacerías de Persano y de Asproni, que se divirtió mucho y que las religiosas gozaron de todas las distracciones que podían esperar de su

presencia. Prometió el rey solemnemente que volvería á cazar en los bosques de las esposas del Señor, y sólo con esta condición apartaron aquellas santas palomas las blancas alas con que le habían cobijado, para dejarle volar libremente.

Á medio camino de Caltanizetta á Palermo encontró el rey un correo que le mandaba el cardenal; el correo le llevaba una carta en que se referían los pormenores de la toma de Cotrona y los horrores cometidos en ella. Deplorábalos el cardenal, excusándose con el rey, diciéndole que la plaza fué tomada en su ausencia. No quiso el rey retardar la respuesta felicitando al cardenal por su victoria. Hizo alto para comer en Villafrati y su primer cuidado fué escribir la siguiente carta, que reproducimos textualmente :

* Villafrati, 5 de Abril de 1799.

» Caro eminentísimo : recibo vuestra carta del 26 de Marzo en el camino de Caltanizetta á Palermo; por ella veo lo que ha pasado en esa desgraciada ciudad de Cotrona. Mucha pena me da el saqueo que ha sufrido, aunque acá, inter nos, bien merecido lo tenían sus habitantes por haberse sublevado contra mí; por esto os digo que no quiero se tenga misericordia con los que se han mostrado rebeldes contra

Dios y el rey. En cuanto á los franceses que habéis encontrado en la fortaleza voy á mandar que sean devueltos inmediatamente á Francia, porque es preciso no ver en ellos más que una raza apestada de cuyo contacto debemos precavernos teniéndolos á distancia.

« Á mi turno os daré algunas noticias : el comodoro Trouvridge me ha mandado dos remesas, una de Prócida que me ha llegado el domingo á Caltanizetta, donde estaba *retirado*, y la otra que vino ayer. Como no sabía el inglés ninguno de los que me rodeaban las he enviado á Palermo para que lady Hamilton las traduzca, en cuanto lo estén os mandaré copia.

» Trouvridge pedía que le mandaran un juez para juzgar y condenar á los rebeldes. He escrito á Cardillo que me escoja uno como de su mano; de suerte que se ha ejecutado mi orden y el juez se ha marchado el lunes. No debe haber pocos *casicavalli* hechos á estas horas.

» Os recomiendo por mi parte, Eminentísimo, que obréis conforme á mis intrucciones con grande actividad : *grandes latigazos y pequeños mendrugos* sacan hermosos niños, como dice el proverbio napolitano. Aquí estamos en la mayor ansiedad esperando noticias de nuestros queridos rusos; si llegan pronto,

espero que antes de mucho estaremos de fiesta, y con la ayuda del Señor veremos el fin de esta maldita historia.

» Me desespera que el tiempo continúe lluvioso porque no puede menos de perjudicar á nuestras operaciones; espero que no sea malo para vuestra salud; la nuestra es buena, á Dios gracias, y si fuera mala, las buenas noticias que me enviáis bastarían para mejorarla.

» Que el Señor os conserve y dirija vuestras operaciones como lo desea y se lo suplica indignamente.

» Vuestro afectísimo

» FERNANDO. »

Hay en la carta de S. M. una frase que nuestros lectores poco acostumbrados al dialecto napolitano no habrán comprendido y es la que dice que si el juez ha llegado no habrá á aquella hora hechos pocos *casicavalli*. Cualquiera que haya paseado por las calles de Nápoles habrá visto los techos de las tiendas de queso guarnecidos de un comestible de esta especie que se fabrica en Calabria á que llaman *casicavalli* y que tiene la forma de un enorme nabo que remata en cabeza. La especialidad de este queso consiste en que bajo una corteza durísima contiene

cierta cantidad de manteca, que gracias á la supresión del aire se conserva fresca años enteros.

Estos quesos están colgados por el cuello.

Así, pues, lo que el rey quería decir con su grosera y sangrienta chanzoneta era que si el juez había llegado habría ya muchos patriotas ahorcados.

Lo primero que preguntó el rey al llegar á Palermo fué por la traducción de las cartas de Trouvridge.

La traducción le esperaba.

No tuvo más que unirla á la carta que había escrito al cardenal en Villafrati, y mandarlas por el mismo mensajero.

La misiva de Trouvridge decía :

Á LORD NELSON

3 de Abril de 1799.

« Los colores napolitanos ondean sobre todas las islas de Pousa. Vuestra Señoría no asistió jamás á fiesta semejante; el pueblo estaba loco de alegría y pide á gritos su amado monarca. Si la nobleza se compusiera de hombres de honor ó de hombres de principios, nada sería más fácil que hacer pasar el

ejército al lado del rey. Con mil bravos soldados ingleses solamente os prometo que el rey volverá á ocupar su trono en cuarenta y ocho horas. Suplico encarecidamente á V. S. recomiende al rey al capitán Sianchi : es un bravo y atrevido marino, bueno y leal vasallo, deseoso del bien de su país; si toda la escuadra del rey de Nápoles hubiera estado tripulada por hombres como él, no se habría sublevado el pueblo. Tengo á bordo un malhadado llamado Francisco, ex-oficial napolitano. Tiene en la isla de Ischia sus propiedades y era comandante del fuerte cuando nos hemos apoderado de ella. El pueblo ha desgarrado su infame uniforme tricolor y le ha arrancado los botones, que tenían un gorro frigio por divisa. Cuando se vió sin uniforme tuvo la audacia de ponerse el de oficial napolitano. Le he dejado el uniforme; pero le he arrancado las charreteras y la escarapela, obligándole á arrojarlas al mar, y después le he concedido el honor de ponerle dobles grillos. El pueblo ha hecho pedazos el árbol de la libertad y convertido en hilas la bandera que lo coronaba, de suerte que no puedo poner de ella el más pequeño trozo á los pies de S. M. En cuanto al árbol de la libertad he sido más feliz, y os envío dos pedazos con los nombres de los que me los han dado.

» Espero que S. M. los quemará en su chimenea.

» TROUVRIDGE. »

« P. D. Me acaban de decir que Caracciolo *tiene el honor de montar la guardia como simple soldado, y que ayer estaba de centinela en la puerta de palacio. Obligan á todo el mundo á servir de buena ó de mala gana.*

» Ya sabéis que Caracciolo ha presentado al rey su dimisión. »

Hemos subrayado en la posdata lo que se refiere á Caracciolo.

Si Nelsón hubiera tenido la lealtad de presentar la carta de Trouvridge, esas dos frases, como se verá después, acaso hubieran ejercido grande influencia en el ánimo de sus jueces cuando fué procesado.

La segunda carta estaba concebida en los siguientes términos:

» 4 de Abril de 1799.

» Las tropas francesas ascienden poco más ó menos á dos mil hombres.

» Están distribuídas de la siguiente manera:

» 300 soldados en el castillo de San Telmo.

» 200 en el castillo del Huevo.

» 1, 400 en el Castillo Nuevo.

» 100 en Puzzolo.

» 30 en Baía.

» Sus combates de Salerno les han hecho perder mucha gente, ni uno solo de ellos ha vuelto sin heridas.

» Se dice que en el ataque de una ciudad llamada Andria, en los Abruzzos, han muerto 3,000 franceses.

» Los franceses y los patriotas napolitanos riñen entre ellos, y desconfían unos de otros: con frecuencia sucede que en las rondas de noche cuando uno grita; ¿quién vive? y el otro responde: ¡viva la República! andan á tiros.

» Vuestra Señoría verá por aquí que no es prudente aventurarse en las calles de Nápoles.

» Recibo en este instante la noticia de que un sacerdote llamado Albavena predica la sublevación en Ischia. Envío sesenta suizos y trescientos súbditos fieles para cazarle. Espero recibirlo hoy muerto ó vivo. Suplico á Vuestra Señoría que pida al rey un juez honrado por la vuelta del *Perseus*; de lo contrario, me será imposible continuar en este estado. El pueblo puede arrancar de mis manos, de un momento á otro, á estos miserables y hacerlos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1623 MONTERREY, MEXICO

pedazos. Para calmarlo, se necesitaría colgar, lo más pronto posible, una docena de republicanos.»

Apenas acababa de enviar Trouvridge estas dos cartas á Palermo cuando vió acercarse á su fragata una embarcación.

Á cada momento le llegaban de tierra comunicaciones importantes, así que, después de haberse asegurado de que la barca se dirigía hacia el *Sea horse*, á cuyo bordo se hallaba, esperó que arribase.

La barca estaba tripulada por dos hombres, uno de los cuales se puso en la cabeza una cesta y la llevó á la cubierta preguntando dónde estaba S. E. el comodoro Trouvridge.

Adelantóse Trouvridge, y como hablase algo el italiano, pudo interrogar al hombre de la cesta.

Éste no sabía siquiera lo que llevaba. Tenía encargo de entregar la cesta al comodoro y pedirle un recibo, para probar que él y su compañero habían cumplido su encargo.

Antes de extender el recibo, Trouvridge quiso saber lo que contenía la cesta. Cortó los cordeles que retenían la paja, y en medio del doble círculo que formaban sus oficiales y marineros, metió en

ella la mano, pero retiróla al momento con ademán de disgusto.

— Abre esta cesta, dijo Trouvridge al marinero que la había traído, al mismo tiempo que se limpiaba los dedos con su pañuelo de batista, como Hamlet después de tomar en la mano el cráneo de Yorick.

El marinero obedeció, y vióse aparecer una espesa cabellera negra.

Era el contacto de esta cabellera lo que había causado al comodoro la sensación de disgusto que no había podido reprimir.

Pero el marinero no era delicado como su aristócrata capitán. Después de la cabellera, sacó á luz la frente, después de la frente los ojos, después de los ojos el resto de la cara.

— ¡ Toma! dijo agarrándola por los cabellos, y sacándola de la cesta en que había sido embalada cuidadosamente, una cabeza recién cortada y puesta sobre una capa de salvado, ¡ toma! es la cabeza de D. Carlos Granioso de Gaffoni.

Y al sacar la cabeza de su envoltura, dejó caer una carta.

Trouvridge recogió la carta, que justamente le estaba dirigida.

La carta se hallaba concebida en estos términos :

« Salerno, 24 de Abril por la mañana.

» Al comandante de la estación inglesa.

» Muy señor mío,

» Como fiel súbdito de Su Majestad, mi rey Fernando (que Dios guarde), tengo la gloria de presentar á Vuestra Excelencia la cabeza de D. Carlos Granioso del Gaffoni, empleado en la administración directa del infame comisario Fernando Ruggi. Dicho Granioso ha sido muerto por mí en un lugar llamado los Puggi, en el distrito de Ponte Cognaro, al tiempo de huir.

» Ruego á Vuestra Excelencia acepte esta cabeza y tenga la bondad de considerar el regalo como prueba de mi adhesión á la corona.

» Soy, con el respeto que os es debido,

» Fiel súbdito del rey.

» GIUSEPPE MANIUTIO VITELLA. »

— Venga pluma y papel, dijo Trouvridge.

Trájosele lo que pedía.

El comodoro escribió en italiano :

« El infrascrito reconoce haber recibido de Giuseppe Maniutio Vitella, por conducto de su mensajero, la cabeza en buen estado de D. Carlos

Granioso del Gaffoni, y me apresuro á asegurarle que, á la primera oportunidad, la enviaré al rey, á Palermo, quien no dudo apreciará semejante regalo.

« 24 de Abril de 1799, á las cuatro de la tarde.

« TROUVRIDGE. »

Y el comodoro envolvió una guinea en el recibo y la entregó al marinero, que se apresuró á unirse á su camarada, menos deseoso probablemente de dividir con él la guinea que de referirle el suceso.

Trouvridge hizo señas á uno de sus marineros para que tomase la cabeza por el cabello, la colocase en el saco y pusiese la cesta en el estado en que se hallaba antes de que la abrieran.

Cuando la operación estuvo terminada :

— Lleva eso á mi camarote, le dijo.

Y, con la flemma propia sólo de los ingleses y encogiéndose de hombros, como él solo sabía hacerlo, añadió :

— ¡ Alegre compañero me mandan ! ¡ Lástima que tengan que separarme de él !

Y en efecto, presentándose al día siguiente ocasión de mandar un buque á Palermo, el inglés se apresuró á remitir á S. M. el precioso regalo de D. José Maniutio Vitella.